MADRID

102.

# La juventud pasa

# Fernando-Guillermo de Castro

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Fernando-Guillermo de Castro, nuestro murciélago literario, entra en el café por la ventana, como una mariposa mareada. Fernando-Guillermo de Castro tiene un resentimiento personal con el sol, y por eso vive en las noches, orientándose por relojes que no tienen más que media esfera, por relojes de media luna que marcan desde las doce hasta las seis. A Fernando-Guillermo de Castro le molesta hasta la luz del café, y por eso lleva gafas de color. Fernando-Guillermo de Castro trasnocha por una razón muy natural: porque él va atrasado en relación con la Humanidad, como un recluta que marca los pasos a la buena de Dios, o como un extraño tipo que haga su propio calendario, en que el primer día de la semana sea domingo.

Fernando-Guillermo de Castro nace en Madrid, en 1927. En los primeros años se encarga de su educación una señorita austriaca pariente de Stefan Zweig. La guerra le coge en Madrid, con nueve años. En 1937 escribe su primer libro, copiando letra a letra "El tratado de la peste", del doctor Manzano, médico de cámara de Felipe III. Este libro procede, seguramente, de la biblioteca de su padre, el doctor Castro. Terminada la guerra, estudia el Bachillerato en el colegio del Pilar, y cursa Leyes en la Universidad Central.

Publica en 1947 su primer cuento en "La Hora"; después, muchos artículos, y durante un año lleva la crónica de Tribunales de un diario madrileño, además de una emisión en Radio Nacional de España, titulada "Desde una silla de Recoletos". Hace crítica literaria y colabora en revistas jóvenes. Todo como quien juega al billar, como quien hace solitarios para entretener sus ocios, como quien nada con flotadores. Fernando-Guillermo de Castro no sabe lo que es el riesgo, el jugárselo todo a la carta de la vocación, el salir a campo descubierto confiando únicamente en la defensa de una lanza inverosímil, de una pluma de recluta y un tinterito tapado con un corcho. Fernando-Guillermo de Castro es un señorito madrileño a quien le ha tenido que ayudar también la familia para que le creciese el bigote.

A pesar de todo, en 1953, su novela "Las horas del día" obtiene el premio Café Gijón. A pesar de todo también, aparecerá en este otoño una novela suya titulada "El zapato" y un ensayo sobre "Ortega y Gasset y Orestes Ferrara ante Mirabeau".

De manera cínica le pregunto si vive de la literatura.

—Unicamente tomo café y fumo de la literatura.

—¿Y el porvenir?

—Yo nunca me he hecho grandes ilusiones acerca del porvenir. Mi mayor ilusión es llegar a los setenta u ochenta años con unos cien libros publicados. También me gustaría mucho viajar, pero este interés mío se reduce a conocer Europa y Asia; América y Oceanía... ignoro dónde se encuentran en la esfera terrestre.

El porvenir, económicamente, no le interesa. Tiene proyectos de viajar. Pregunta urgente:

—¿Eres rico?

—Yo creo que no existen ni ricos ni pobres materialmente. La riqueza es algo como la diversión: un simple problema espiritual. Yo no me aburro nunca; ahora bien: tampoco me he divertido nunca, como algunos dicen que se divierten.

Llegado a este punto nos interesa saber cómo se divierte la juventud actual, puesto que uno también se ha divertido poco como correspondería a su juventud.

—No lo sé. Yo creo que, en realidad, no se debe hablar de juventud de ahora, como tampoco creo que se pueda hablar de la Humanidad en abstracto. Para referir estas cosas hay que señalar a Mengano o a Zutano; a individuos, concretamente. Mi mayor diversión es charlar con los amigos en el café, u observar a la gente. El cine, el teatro, los espectáculos en general, no me divierten nada. El teatro me puede interesar como me interesa un libro.

Pero yo creo que no hay que señalar a Mengano ni a Zutano. Baste con saber que hay una generación, concretamente, que crece en la guerra; que, antes de tener consciencia, va a la cola del agua y ve cadáveres, y pasa por encima de ellos. Esa generación no podrá ser jamás alegre. Se ha educado entre escombros. Ha asistido a los episodios más feroces, y es muy difícil que pueda desprenderse del carácter que se ha forjado en la desgracia.

—¿Tú crees que la guerra ha influído en la diversión de la juventud de hoy?

—Yo creo que evidentemente la guerra ha tenido una notable influencia en nuestra sociedad; es decir, en todos los individuos que la componen. Tanto los hombres que piensan y que saben que piensan como los que piensan sin saber que lo hacen, han sufrido la experiencia de la guerra y se hallan situados ante una serie de problemas que caracterizan nuestro momento histórico. Entiendo, sin embargo, que las soluciones de esos problemas de hoy son de carácter individual, nunca social.

—¿Qué crees que no hay que hacer en la juventud?

—Yo creo que en la juventud hay que hacer todo lo que se pueda: cansarse cuanto antes de sentirse joven, si esto es posible.

Y ahora hay que hacer a Fernando-Guillermo de Castro la pregunta suya, la pregunta más importante de todas:

—¿Por qué trasnochas?

—Porque la mañana no sirve para nada; no se puede trabajar. En mi casa hay dos pájaros que cantan; hay dos criadas que también cantan; tengo un perro que ladra; un teléfono que suena. Los amigos trabajan y no se les puede ver a esas horas. Me parece que lo mejor, lo más sensato, es dormir por la mañana. La tarde se ha hecho para salir; la noche, en su primera parte, para pasarla en el café. El resto, para trabajar hasta que luce el sol.

La carrera literaria, económicamente, es una ilusión casi. El escritor hace milagros. Y no es por quejarse, por hacer frases. Realmente lo que sucede es que no se ha llegado a un repaso general de esta profesión, que sigue estando muy bien para los que no viven de ella principalmente.

—Pero hoy el escritor vive mejor que antes de la guerra. Creo que en España, pese a todo, el escritor va conquistando una mayor consideración social día a día; es decir, que nuestra sociedad, aunque muy lentamente, va adquiriendo una mayor cultura, lo cual redunda fatalmente en un beneficio económico. Por ejemplo, hoy no existe la tan traída y llevada bohemia literaria. El tipo de escritor bohemio ha desaparecido.

A Fernando-Guillermo de Castro todo le parece de perlas, como a quien no le importa, como a quien no vive de lo que escribe ni de ello cena. Pero la verdad es que el escritor en España tiene que emplearse, si no tiene una farmacia, o unas bodegas, o cualquier otra cosa que le asegure la vida. Porque, hasta ahora, en España, un escritor que publique dos libros medianos al año no ha ganado dinero para tomar un taxi. El caso es que los editores dicen que pierden dinero, y los libreros confiesan que vender libros es un mal negocio. ¿Podrá ser eso? Los libros son caros, y, al parecer, la utilidad no aparece por ninguna parte: magia editorial.

3. VIII. 54